

que tal confusion fuese para muchos ocasion de caida en la doctrina que enseñaba y practicaba el vicio; pero advertidos los apóstoles por Jesucristo, que la malicia de los hombres engendraria escándalos, se apresuraron á prevenir á los fieles contra el nuevo peligro. "Es necesario, decian, conforme á las advertencias de su divino Maestro, que haya herejías; y llegará un tiempo en que no soportarán los hombres, la doctrina sana. Guardaos, pues, de los que entre vosotros causen divisiones y escándalos; porque esa clase de gentes son esclavos de la sensualidad, y con sus palabras dulces y seductoras seducen á las almas sencillas. Esos falsos apóstoles son obreros mentirosos que se disfrazan en apóstoles de Jesucristo. Pero ¿qué mucho que los ministros de Satanás tomen la apariencia de ministros de justicia, cuando Satanás mismo se transforma en ángel de luz? Huid de los discursos vanos y seductores de esos falsos profetas, porque su doctrina es como la gangrena que insensiblemente difunde la corrupcion."<sup>1</sup>

Sin embargo del celo y de los trabajos apostólicos, aparecieron las flaquezas y sobrevinieron las defecciones en las filas del ejército santo: los intrépidos gefes que lo mandaban amonestaron á los culpables, les amenazaron con la cólera divina, y recordándoles sus deberes por medio de la instruccion, elevaban al cielo sus manos suplicantes en favor de los criminales. Algunas veces se vieron obligados á emplear contra ellos las armas espirituales y milagrosas que Dios habia puesto en sus manos, para prevenir la perfidia de los malos, á fin de traerlos al bien. San Pablo cegó á Elymas, que por sus malos consejos, retardaba la conversion del procónsul Sergio; y entregó á Satanás, para que le affigiera el cuerpo, al incestuoso de Corintio, con el objeto de que salvara su alma, y para que separada de la comunión de los fieles la mala levadura, no corrompiera toda la masa. En la segunda epístola

<sup>1</sup> Epíst. á los Romanos, cap. 16; á Timoteo, cap. 2; 2ª á los Corintios, cap. 11.

que el apóstol dirige á los Corintios, les hace oír este lenguaje tierno á la par que severo: "Os amo con un celo santo en nombre de Dios, pues os tengo desposados con este único esposo que es Cristo, para presentaros á Él como una vírgen casta y pura. Por esto os amonesto, que os portéis de tal manera, que no me vea obligado, cuando esté entre vosotros á obrar con esa osadía que se me atribuye, con respecto á ciertos sugetos que se imaginan que procedemos segun la carne; porque las armas con las que combatimos, no son carnales, sino poderosísimas en Dios para derrocar las fortalezas, destruyendo nosotros con ellas los proyectos humanos. No os espongaís á experimentar el poder de Jesucristo, que habla por mi boca. Os hago esta amonestacion, cuando me hallo ausente, para que estando presente, no me vea obligado á usar con severidad del poder que me dió el Señor para edificar y no para destruir."<sup>1</sup>

Como los apóstoles, del mismo modo los discípulos, que fueron sus auxiliares, y sus sucesores, desplegaron la mas grande actividad en la lucha contra la fuerza sensual; y no cesaron de resguardar la viña del Señor, cultivándola, reparando las brechas, purificándola de las malas semillas, y conservándola intacta y floreciente; coronando un magnífico suceso sus trabajos constantes. De en medio de las naciones mas corrompidas, vióse levantar una sociedad tan santa, que mas parecia haber descendido del cielo, que haber nacido de la corrupcion: entre los paganos, entregados á todos los desórdenes, aparecieron hombres, que fueron portentos de virtud, y que convirtiendo una vida humana y licenciosa en una vida nueva, toda interior y espiritual, se rieron de las resistencias que les oponia la naturaleza depravada, y las que en otro tiempo les habian parecido invencibles. A la voluptuosidad é intemperancia sucedieron la castidad y abstinencia; al orgullo y ambicion la humildad y el desinterés; á la ira y arrogancia, la dulzura y la paciencia, y para decirlo todo en

<sup>1</sup> Epíst. 2ª á los Corintios, capítulos 10 y 11.

una palabra, el lugar de las pasiones torpes fué ocupado por las virtudes mas resplandecientes. Con la misma avidez que en otro tiempo habian corrido los hombres tras de los placeres y comodidades de la vida, solicitaban despues el trabajo, el ayuno y los ejercicios de la paciencia: así como se habian entregado á la ligereza y á la disipacion, se entregaban despues al recogimiento y á la oracion: la vanidad fué sustituida por la modestia y el egoismo por la caridad. Pero veamos en los escritos de los apologistas algunos rasgos sobre la naturaleza de aquella sociedad admirable. "En otro tiempo, dice San Justino, éramos esclavos de los placeres, y ahora seguimos una vida pura y casta; éramos apegados á las riquezas, y hoy hacemos masa comun de nuestros bienes para participarlos á los demas: aborreciamos á nuestros enemigos y hoy los amamos y rogamos por ellos."<sup>1</sup> "Nosotros formamos, dice Tertuliano, una conjuracion para leer las Santas Escrituras y orar en comun. La faccion de los cristianos consiste en estar reunidos bajo la misma religion, la misma moral y la misma esperanza. Si peca alguno entre nosotros, se le priva de la comunión, de las oraciones y de nuestras asambleas hasta que hace penitencia. Esas asambleas son presididas por los ancianos, cuya sabiduría les ha hecho merecer tan grande honor. Cada cual contribuye mensualmente con la cantidad que quiere y puede; y ese tesoro sirve para alimentar y enterrar á los pobres, para sostener á los huérfanos, á los náufragos, desterrados, sentenciados á las minas ó á las prisiones por causa de Dios. Dámonos mutuamente el nombre de hermanos, y estamos prontos á morir los unos por los otros."<sup>2</sup> Los mismos enemigos de la cruz, veíanse obligados á tributar homenajes á sus discípulos. Plinio en su famosa carta á Trajano, refiere que todo el error de los cristianos se reducía á estos dos puntos: á reunirse en determinado dia antes de la salida del sol á cantar alternativamente alaban-

<sup>1</sup> San Justino, Apolog.

<sup>2</sup> Tertuliano, Apolog.

zas á Cristo como si fuera Dios, comprometiéndose por medio de un juramento á no cometer ningun robo, ni adulterio, ni faltar á su promesa ni á la limosna, y á separarse despues de esto para volverse á reunir para comer una comida inocente. "Cosa inusitada es, dice el satírico Luciano, ver el empeño de esos hombres: cuando alguno de ellos cae en la desgracia, ningun sacrificio escusan; y figurándose esos miserables, que despues de esta, alcanzarán otra vida, desprecian la muerte, y se entregan voluntariamente á los tormentos."<sup>1</sup> Los paganos, acostumbrados á las pasiones egoistas, no podian menos que ver con estupefaccion el amor de los cristianos, de que eran testigos; y no podian comprenderlo, sin atribuirlo á tenebrosos juramentos. "Vedlos, decian, cómo se aman mutuamente, y cómo están prontos á derramar su sangre los unos por los otros."<sup>2</sup>

Ademas de lo dicho, la sociedad nueva les ofrecia otros motivos de sorpresa, cuando no de admiracion. Las mujeres, á quienes la sociedad pagana habia convertido en esclavas, porque ignoraban el secreto de dirigir el fuego de sus sentimientos hácia el bien, no podia concederlas sino una libertad peligrosa, que bien pronto degeneraba en una disolucion espantosa; mas las mujeres exaltadas de su abyeccion por la cruz, se convirtieron en ángeles de bondad, de paciencia y de caridad; y esos seres débiles, que la ley hasta entonces tenia sometidos á una tutela perpétua, se mostraron en adelante cual apóstoles generosos, por su celo en propagar el Evangelio, por su dedicacion á aliviar todas las miserias y por su valor para sufrir las mas crueles persecuciones. "La mujer cristiana, dice Tertuliano, va á visitar á nuestros hermanos en las moradas mas miserables: se levanta por las noches para orar y asistir á las solemnidades de la Iglesia: se sienta á la mesa del Señor, ó penetra en las prisiones para besar las cadenas de los mártires y derramar agua sobre los

<sup>1</sup> Lucian., *in pereg.*

<sup>2</sup> Tertul., Apolog.

piés de los santos. Si llega algun extranjero, alista su casa para darle hospitalidad. ¡Lejos de la cristiana los festines, las canciones profanas y los himnos de la voluptuosidad! La mujer cristiana, á diferencia de las que asisten á esas bacanales en las que las carnes y el vino se digieren artificialmente, se prepara con Jesucristo á la temperancia; y jamas se la mira en los espectáculos y en las fiestas de los gentiles. Siempre recogida en su casa, no sale de ella sino por graves motivos, para visitar á los hermanos enfermos, asistir al santo sacrificio y oír la palabra de Dios. No usa adornos en sus manos, destinadas para llevar cadenas, ni adorna con perlas y esmeraldas su cabeza, amenazada por la espada de la persecucion.”<sup>1</sup>

Vuelta la mujer á su dignidad primitiva, era consecuencia que reflejara su felicidad á la sociedad conyugal; pero, ¡cuánta es la santidad que esa sociedad no habia adquirido bajo la influencia del cristianismo! No contento el cristianismo con haber salvado al matrimonio de los desórdenes paganos, le sublimó sobre las alianzas profanas, imprimiéndole un carácter sobrenatural con la infusion de la gracia sacramental. “La Iglesia, continúa el citado apologista con su natural elocuencia: la Iglesia es quien endereza el contrato de los esposos cristianos; la oblacion le confirma y la bendicion le sirve como de sello; y los ángeles le presentan ante el Padre celestial, que le ratifica. Dos fieles se han unido bajo el mismo yugo, y se han hecho una misma carne, animada por un mismo espíritu: ambos oran unidos, juntos ayunan y juntos se presentan en la mesa de Dios, y jamas se separan, ni en el tiempo de la persecucion, ni en el de la paz.”<sup>2</sup>

Ninguna cosa puede darnos una idea mas grande é insinuante de la sociedad conyugal cristiana, que ese breve pero esprecivo cuadro. Completémosle, sin embargo, y despues de haber demostrado lo que eran los esposos, santificados por

<sup>1</sup> Tertul., *ad uxorem*, et de cultu fem.

<sup>2</sup> Tertul., *Ad uxorem*.

la cruz, veamos aunque ligeramente, lo que eran los hijos, formados segun la imágen, la palabra y el ejemplo de sus padres. Entremos á la capital de las bellas artes y de la ciencia, en Atenas, capital tambien de la licencia y de la voluptuosidad. Entre la juventud que allí ocurre de todos los lugares del imperio para oír las lecciones de los famosos maestros; juventud disoluta y ávida de placeres, se distinguen dos jóvenes que viven retirados, y huyen con horror de lo que sus condiscípulos solicitan con tanto empeño. Son dos jóvenes cristianos, Basilio y Gregorio Nacienceno. Unidos por una amistad íntima, uno de ellos, al pintarnos sus embelesos, nos ha descubierto la pureza de sus sentimientos y la santidad de su vida, permitiéndonos ademá seguir sus pasos y admirar el móvil y naturaleza de sus acciones. “Nosotros dos, dice San Gregorio Nacienceno, teniamos el mismo fin y buscábamos el mismo tesoro, la virtud; nos afanábamos por hacer eterna nuestra union, preparándonos para una gloriosa inmortalidad: mutuamente nos serviamos de maestros y de custodios, exhortándonos á la piedad, y viviamos retirados de los compañeros que eran desarreglados en sus costumbres, sin tratar con otros, que con aquellos que por su modestia, su juicio y sabiduría, podian ampararnos en la práctica del bien; porque sabiamos que los malos ejemplos son como las enfermedades contagiosas, que se comunican con facilidad: no conocimos en Atenas sino dos caminos, el de la iglesia, y el de la cátedra, é ignoramos absolutamente los que conducian á las fiestas mundanas, á las reuniones y á los espectáculos.” Tales eran los modelos hermosos que ofrecia al mundo abismado, la juventud cristiana; porque nutrida desde la lactancia con la sana doctrina, adquiria en tiempo oportuno el hábito de cumplir con sus santas obligaciones, y fortificándose en el curso de la edad contra los ataques de los sentidos, cuando llegaba el tiempo de las pruebas peligrosas, se encontraba robustecida.

Pero como la cruz era el símbolo de todos los sacrificios,

inspiraba las virtudes mas sublimes, que las puramente filosóficas. Veíase, por esta causa, que un gran número de cristianos, hombres y mujeres, renunciaban voluntariamente los bienes del siglo, y los placeres, aun lícitos, para entregarse enteramente á la práctica de las buenas obras y de la perfeccion evangélica. Las ascetas, las viudas y las diaconisas regocijaron la Iglesia con los mas edificantes ejemplos de piedad y de caridad. Consagrarse á la contemplacion de las cosas divinas y á las prácticas de una penitencia austera, asistir á los pobres, aliviar á los enfermos y visitar á los prisioneros; he aquí la felicidad, y el objeto de la tierna solicitud de aquellas mujeres. Una peste violenta, que se declaró bajo el imperio de Valeriano y que se extendió por todas partes, sirvió eficazmente para poner de manifiesto el egoismo de la idolatría, y el heroismo generoso que habia engendrado el cristianismo. "Veíase, dice San Dionisio de Alejandría, á los cristianos abrazar los cuerpos de los moribundos, cerrarles los ojos y la boca, cargar sobre sus espaldas los cadáveres, lavarles los piés y las manos, prepararles ricas mortajas y dispensarles todos los honores de la sepultura, para despues recibir ellos mismos los mismos oficios de parte de sus hermanos, imitadores de su celo y de su caridad; porque el contagio no nos perdonaba, y un gran número de nosotros perecieron asistiendo á los apestados, no queriendo separarse de ellos, á los que estaban unidos por amor á Jesucristo. Muchos sacerdotes, diáconos y seculares virtuosos sacrificaron su vida. No fué esa la conducta de los paganos. Apenas alguno de ellos sentia los primeros síntomas del contagio, cuando emprendian la fuga sobrecogidos de terror, abandonando á los que mas amaban, y arrojando á las calles á los moribundos, dejándolos como basura sin sepultura, y creyendo así, aun que en vano, librarse de la mortandad."

Estas esclarecidas victorias de la cruz, lejos de relajar el ardor del combate contra la fuerza sensual, no hicieron sino escitar su desarrollo: dueña del campo por los supremos sa-

crificios que hizo, como resultados de la doctrina y de la santidad, se preparó á dirigir contra su enemiga otro nuevo y vigoroso ataque. Muchas almas nobles llenas de gracia y de ascendientes, aspiraron á una perfeccion angelical, y rompiendo los lazos mas caros de la carne, libráronse, tanto cuanto estuvo en su poder, del poder de las seducciones de una naturaleza corrompida. Un jóven egipcio llamado Antonio, hijo de unos padres nobles, ricos y virtuosos, habiendo oido un dia en la iglesia, las palabras de Jesucristo: "Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres y adquiriréis un tesoro en el cielo;" comprendiendo la sabiduría sublime que encerraban esas palabras, resolvió practicarlas: y volviendo á su casa, se despojó de todos sus bienes distribuyéndolos entre los pobres, retirándose luego al desierto, donde se ocupó solo del negocio de su salvacion, ejercitándose en obras de penitencia, domando sus pasiones, procurándose la subsistencia con el trabajo de sus manos, sin descuidar el alivio de los desgraciados. Ninguno mas que él fué el blanco de la fuerza sensual; y las terribles tentaciones con que le probó se han hecho célebres. Esto sin duda fué porque Satanás vió en la vida de Antonio un presagio funesto para su poder, por la abnegacion y sacrificio extraordinario que caracterizaban á los héroes del Evangelio. Antonio debia ser el padre de esos hombres escogidos, que arrancados voluntariamente del tronco de la familia humana, le descargaban de las ramas supérfluas, y le dejaban una savia mas abundante y nutritiva, para que se elevase sobre el comun de la vida, oponiéndose sin cesar á la corrupcion del mundo, con el objeto de neutralizarla con el ejemplo de una perfeccion sublime, que se interponia con sus expiaciones y continuadas lágrimas entre el cielo y la tierra, para suspender el brazo airado de Dios; y remediando al mismo tiempo, cuanto sus fuerzas alcanzaban, por medio de sus privaciones, trabajos y sacrificios los estragos del mal, de la miseria y de la enfermedad, y haciéndose finalmente los soldados de la cruz,

los mas intrépidos y ardorosos para estender y consolidar sus conquistas. En efecto, una multitud de discípulos, atraídos por la santidad de Antonio y por la fama de sus milagros, le salieron al encuentro y le pidieron vivir bajo su vigilancia: aprovecharonse bien pronto de sus sábias lecciones y se transformaron en hombres nuevos, casi celestiales. El mismo San Atanasio no pudo ver á esos hombres sin edificarse. "Sus monasterios, dice, son como otros tantos templos, donde se pasa la vida cantando salmos, leyendo y orando, ayunando y velando; donde toda la esperanza se funda en el porvenir, y donde un lazo admirable de caridad estrecha á todos. Allí se trabaja no tanto para proveer al propio sustento como al de los pobres. Aquel sitio es como una vasta region, enteramente separada del mundo, donde sus felices moradores no tienen otro cuidado que el ejercitarse en la justicia y la piedad." Esa vida tan pura, esas virtudes tan esclarecidas, la abundancia de las limosnas que prodigaban los solitarios, pues que segun cuenta San Agustin, se cargaban embarcaciones enteras con lo que se destinaba á los necesitados, les conciliaron el amor, el respeto y la veneracion de los pueblos. Viéronse á las testas coronadas inclinarse ante la humildad de aquellos hombres; y escribiendo Constantino á San Antonio no dudó el llamarle *padre*.

La vida cenobítica estaba instituida, y recibia de la experiencia una gloriosa sancion. Bajo la direccion de los Hilariones, Pacionios, Macarios y otros ilustres padres del desierto se propagaba rápidamente; y alrededor de esos hombres acudian millares de aspirantes al reino de los cielos, quienes renunciando generosamente las pasajeras alegrías, se entregaban á las prácticas severas de la penitencia y de la mortificación.

La fuerza sensual quedó vencida; y el hombre, por la gracia que descendia del Calvario, habia adquirido la energía bastante para resistir á las inclinaciones corrompidas de su naturaleza: la tierra habia encontrado el secreto de crear santos,

que si posible fuera, el mismo cielo le envidiara; y con esto la cruz podia entonar el himno de su triunfo.

## CAPITULO XXIV.

### Luchas de la Cruz contra la fuerza de inercia.

Pero he aquí, que otra fuerza sin atacar directamente á la cruz, se opone como un muro á sus santas empresas. Tal era la fuerza de inercia, que llamársele puede con razon, la ciudadela del antiguo mundo. Ciudadela construida sobre una elevada roca, defendida con gruesas murallas y flanqueada con torres colosales, y que presentaba á los asaltantes una masa inerte, es verdad, pero que por su misma inercia inutilizaba los golpes y los esfuerzos, aun los mas poderosos. En la naturaleza material, la inercia es la negacion de la fuerza, ó mejor dicho, solo es una fuerza pasiva; y por esto, mientras es mayor, la fuerza activa tiene mayor dificultad de vencerla. A medida que las tinieblas son mas espesas, necesitan de una luz mas viva para disiparse, y á medida que el frío consolida las nieves, se necesita de mas calor para liquidarlas: del mismo modo un cuerpo que no es movable por su naturaleza necesita de mas poder para ponerse en movimiento. De esta suerte, tambien en el mundo moral existe esa fuerza de inercia, con el mismo carácter impasible y resistente que inutiliza todos los esfuerzos y desconcierta todas las tentativas. Los personajes del teatro griego decian frecuentemente á los interlocutores importunos: "*Vano es vuestro trabajo para persuadirnos, si no queremos que nos persuadais.*" Y los poetas caracterizaban el fenómeno de la fuerza de inercia, que nosotros hemos juzgado, con esta antigua sentencia: "*No hay peor sordo que el no quiere oír.*"